

La periodización en la historia y una larga Edad Media. Comentario crítico

Periodization in History and a Long Middle Ages. A Critical Review

Carlos Astarita
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
carlosa@usal.es

Abstract

En este artículo se analiza el último libro de Jacques Le Goff, en el que expuso su idea de que la Edad Media se extendía hasta mediados del siglo XVIII. Se critica la debilidad de la demostración, a la que se achaca afirmaciones poco fundamentadas y un análisis superficial de autores y temas. Estas falencias se ven con claridad cuando Le Goff considera el aporte de los historiadores marxistas sobre los períodos históricos. Esta última actitud halla su explicación en el contexto de las complejas relaciones que los historiadores de la escuela de los *Annales* han mantenido con los historiadores marxistas y de la manera como estos últimos han considerado los aportes de la mencionada escuela.

Resumen

This article examines the last book of Jacques Le Goff, in which he exposed his idea that the Middle Ages extended until the middle of the eighteenth century. The weakness of the demonstration is criticized because of its unsubstantiated statements and superficial analysis of authors and themes. These shortcomings are clearly seen when Le Goff considers the contributions of Marxist historians to historical periods. This attitude can be explained in the context of the complex relationships that the historians of the *Annales* School have maintained with Marxist historians and how the latter have considered the contributions of that school.

Palabras claves

Jacques Le Goff, una larga Edad Media, períodos históricos, Marxismo, escuela de los *Annales*.

Keywords

Jacques Le Goff, a long Middle Ages, historical periods, Marxism, *Annales* school.

En 2014, el año en que Jacques Le Goff muere, se publica su último libro, denominado su testamento histórico, que fue traducido al inglés en 2015 y al español en 2016.¹ Como era de esperar, esta rápida difusión internacional habla de la celebridad de uno de los historiadores más importantes de Francia en el siglo XX. En esa obra expuso Le Goff su tesis sobre una periodización de la historia que se condensa en la idea de que la Edad Media se prolongó hasta mediados del siglo XVIII. Aquí repasaremos críticamente aspectos de esta elaboración que nos conecta con una porción sustancial del medievalismo francés. Veamos entonces los problemas centrales que se presentan en el ensayo seguidos por observaciones críticas.

El primer problema se refiere a las concepciones que surgieron en la Edad Media sobre los períodos de la historia. Fueron básicamente dos esas concepciones: la que se originó en el libro de Daniel del Antiguo Testamento, que habla de cuatro períodos relacionados con las estaciones del año; y la de San Agustín, que tomó como base el número seis en correspondencia con las edades del hombre. En el siglo XII se impuso la matriz de Daniel. En ambos autores predominó la idea del mundo que envejece asociada a la del renacer.

Observación al primer problema. Esta división sin ser incorrecta es insuficiente, ya que deja de lado la periodización del monje calabrés Joaquín de Fiore (1131-1202) que propuso la existencia de tres estadios históricos religiosos siguiendo la concepción de la Trinidad (el estadio del Padre que se corresponde con el Antiguo Testamento, el del Hijo que se corresponde con el Nuevo, y el del Espíritu Santo, que sería el tiempo del futuro promisorio). Esta visión ha tenido una gran importancia social en tanto que alimentó las representaciones milenaristas de los espirituales franciscanos y de otros herejes.² En relación con estos últimos se dieron combinaciones de interés, en la medida en que, como expresó Le Goff, se adoptó el criterio de cuatro períodos pero con un espíritu cercano al joaquinismo. Esto significó otorgarle al futuro un sentido definido en tanto estaba orientado al cambio, y no por nada los que adhirieron a este tipo de conceptos fueron duramente atacados por el poder.

Un ejemplo significativo de esta adopción heterodoxa de los cuatro períodos junto al concepto joaquinista estuvo dado por Fra Dulcino, un hereje que lideró su propia secta en los años finales del siglo XIII y en los principios del XIV en relación con el movimiento de

¹ Jacques Le Goff, *Faut-il vraiment découper l'histoire en tranches?* (París: Seuil, col. La Librairie du XXI^e siècle, 2014); versión inglesa *Must We Divide History into Periods?*, trad. M. B. Bevoise (Nueva York: Columbia University Press, 2015); versión castellana: *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?*, trad., Yenny Enríquez México (México: Fondo de Cultura Económica, 2016). La denominación de testamento de Le Goff, en Virginie Tournay, "Jacques Le Goff, *Faut-il vraiment découper l'histoire en tranches?*", *Lectures, Reseñas*, 2014, publicado el 05 agosto 2014. Recuperado: <http://lectures.revues.org/15220> [consulta 4 julio, 2016].

² Karl Löwith, *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia* (Madrid: Aguilar, 1958), 207 y ss., para el análisis de Joaquín de Fiore. La filosofía de la historia de este último influyó, por ejemplo, en las concepciones heréticas de Durango de Huesca. Véase al respecto J. R. Muro Abad, "Durango 1422. Sueño efímero de salvación", en José Ignacio de la Iglesia Duarte (ed.), *Milenarismos y milenaristas en la Europa medieval*, IX Semana de Estudios Medievales (Nájera: Instituto de Estudios Riojanos, 1998), 351.

emancipación comunal.³ Perseguidos por la Inquisición y el ejército de los obispos de Vercelli y Novara, Fra Dulcino y sus seguidores (los apostólicos) se refugiaron en la zona montañosa de Valsesia (en la Lombardía). Los pobladores de esa región en lucha continua contra el poder señorial y episcopal, y contra las oligarquías de las mencionadas ciudades de la llanura lombarda, siguieron el ejemplo de otras comunas italianas constituyendo una *universitas* –un colectivo político para obtener la autonomía–, y apoyaron al heresiarca y a su gente. Estamos así ante la convergencia entre una secta religiosa apocalíptica y un movimiento de autonomía institucional, estableciéndose el enlace en la compartida oposición a la Iglesia.

En ese marco, y en concordancia con la noción apocalíptica, Dulcino ordenó la historia de la Iglesia en cuatro estadios sucesivos que, en un camino no lineal, conducirían a una nueva organización heredera de los orígenes apostólicos. En el primero de esos estadios, el de los tiempos de Cristo y de los apóstoles, estuvo la buena, humilde y perseguida Iglesia inicial; en el segundo, que se prolongó hasta San Silvestre (papa entre 314 y 335), la Iglesia fue rica, honorable y caritativa; en el tercero se impuso la avaricia, la soberbia y la corrupción, mientras que el cuarto y último estadio fue el que inició Gerardo Seguerelli de Parma (fundador de la secta de los apostólicos y antecesor de Dulcino), que había sido enviado por Dios para retornar a la perfección del primer estadio.⁴

Fra Dulcino planteó su punto de vista apocalíptico con un carácter más histórico que el que surgía de la proposición de Joaquín de Fiore. Establecía en efecto una mayor autonomía de la evolución teológica, en la medida en que postuló una división en el mencionado papa Silvestre, cuestión que ha tenido a su vez otras conexiones en el pensamiento histórico.⁵ Sin embargo en los dos casos, el joaquinista y el dulciniano, había

³ J. B. Pierce, “Autonomy, Dissent and the Crusade against Fra Dolcino in Fourteenth-Century Valsesia”, en K. Bollermann, T. M. Izbicki y C. J. Nederman (eds.), *Religion, Power, and Resistance from the Eleventh to the Sixteenth Centuries: Playing the Heresy Card* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2014), 195-213.

⁴ Arnaldo Segarizzi, (ed.), *De secta illorum qui se dicunt esse de ordine Apostolorum*, di Bernardo Gui, *Rerum Italicarum Scriptores*, Vol. IX, Parte V, Città di Castello, 1907, 15-36 (p. 26: “Item Dulcinus dogmatizavit quod ecclesia habet et habuit IIII status. Primus fuit bonus et humilis, pauper et persecutioni subiectus; et iste status fuit tempore Christi et apostolorum. Secundus fuit bonus, castus honorabilis et dives; et iste fuit tempore beati Silvestri. Tertius fuit et est dives, avarus, fornicarius, honorabilis et superbus; et iste status duravit et durat modo. Quartus est sicut primus; et iste incepit a Geraldo Seguerelli de Parma, qui viam perfectionis apostolice in istis diebus novissimis a deo missus primus post apostolos incepit”).

⁵ Erwin Panofsky, *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental* (Madrid: Alianza Editorial, 1975), 43. Petrarca estableció un corte histórico con la conversión de Constantino, hecho a partir del cual se iniciaba una época tenebrosa. Esta coincidencia temporal y hasta cierto punto conceptual entre la periodización que había establecido Dulcino afirmando que después del papa Silvestre sobrevenía una época condenable y la de Petrarca con una inflexión en el mismo momento tiene un punto en común: según el inquisidor dominico Anselmo Alessandria, que escribió hacia 1270, las diferentes ramas de valdenses tenían la creencia de que el diablo había inducido al papa Silvestre a corromper a la Iglesia aceptando la donación de Constantino, y desde entonces no fue más la Iglesia de Dios. Sobre esto véase Pekka Tolonen, “Medieval Memories of the Origins of the Waldensian Movement”, en B-Ch. Otto, S. Rau y J. Rüpke, *History and Religion. Narrating a Religious Past* (Berlín: Boston, 2015), 179 y ss.

Por su parte Panofsky (*Renacimiento*, 43) afirmó que con esa idea Petrarca revolucionó la interpretación de la historia tan radicalmente como Copérnico doscientos años más tarde revolucionó la interpretación del universo físico. Esta valoración podría ser aplicada entonces de manera parcial a Dulcino. Otra variante de cuatro estadios en Eugenio Garín, *El Renacimiento italiano* (Barcelona: Ariel, 1986), 65. Marsilio Ficino

un punto cumbre final dado por la supresión de la Iglesia, y esto tenía sus fundamentos doctrinales en el hecho de que la ley de Moises solo duró hasta la venida de Cristo, y de la misma manera la Iglesia duraría hasta el final del mundo como la única representación legítima de Dios.

La cuestión clave era sobre preceptos organizativos que debieron surgir como necesidad impostergable del grupo, en la medida en que el carisma por sí solo en ninguna circunstancia aseguraba el aglutinamiento de los fieles alrededor de un eje, y en este plano, en el de la organización, se establecía una conexión con los pobladores del área montañosa y periférica de la Lombardía donde se refugiaron Dulcino con sus discípulos. Esto se refiere a que ambos sectores tenían como preocupación organizarse tomando distancia de las instituciones oficiales, porque si los pobladores deseaban su autonomía política, en el enunciado dulciniano que remitía a la Iglesia original como dechado de excelencia se proponía una alineación independiente de la autoridad eclesiástica o de cualquier otra.⁶

Este ejemplo nos hace partícipes de un hecho decisivo: la periodización en la Edad Media no estaba desligada (como tampoco lo está hoy en día, según veremos) de una determinada cosmovisión del mundo y de los deseos de estabilidad o de cambio. Por consiguiente dividir el tiempo en períodos no era un mero asunto de teólogos enfrascados en disquisiciones de gabinete como se desprende de la lectura de Le Goff, sino que poseía una proyección social y política con peso propio. En este sentido, como mecanismo de comprensión del sentido de un devenir, se convertía en un arma de combate.

El *segundo problema* que nos presenta Le Goff es el desarrollo que llevó a la imagen de la Edad Media como una época oscura, como un estéril intermedio cultural entre dos períodos brillantes, la Antigüedad y la Época Moderna. Mencionó a Jules Michelet (1789-1874) y a Jacob Burckhardt (1818-1897) como impulsores de esta concepción. A continuación habló del proceso inverso por el cual se estableció una imagen positiva, y en esta segunda instauración ha destacado a Charles Haskins (1870-1937) y a Marc Bloch (1886-1944).

Segunda observación. En este tránsito por un carril conocido se notan puntos débiles. Por un lado en la preparación de esa nueva valoración positiva se menciona en el ensayo a la *Monumenta Germaniae Historica* (lo cual es ineludible), así como la fundación en 1821 de la *École Nationale des Chartes*, la edición de fuentes italianas y los bolandistas que desde el siglo XVII emprendieron su tarea erudita. Hubiera sido oportuno agregar alguna otra referencia. Por ejemplo en la península ibérica se editó la *Potugaliae Monumenta historica*, y la *España Sagrada* de Florez, para mencionar solo dos de las muchas colecciones diplomáticas y crónicas que allí se publicaron. La evocación de alguna de esas fuentes enriquecería la aislada y única noticia sobre la tardía fundación en 1776 de una

(1433-1499) en carta al físico y astrónomo Paolo di Middelburg habla de los poetas que cantaron sobre las cuatro edades, de plomo, de hierro, de plata y de oro y también alude a Platón que refiere esa división a las cuatro naturalezas de los hombres.

⁶ A. Segarizzi, (ed.), *De secta*, 24: “quod ipsi soli qui dicuntur Apostoli de dicta secta [...] non tenentur alicui homine obidere, nec summo pontifici nec alteri”.

cátedra de historia en la universidad de Oviedo, lo que da la impresión de un falso panorama yermo de los estudios que se llevaban a cabo en esa región.

Sobre los historiadores, y con respecto a un tema de interés de Le Goff (el aporte cultural del siglo XII), Haskins debió tener la prioridad, y en ese cuadro de honor sobre precursores que valoraron la cultura medieval se echa en falta la ausencia del holandés Johan Huizinga (1872-1945).⁷ Estas puntualizaciones remiten a otro aspecto dado por la desequilibrante preponderancia que en el libro tienen los intelectuales franceses, aunque aquí no estamos ante una novedad porque se sabe que una visión galo-céntrica no ha sido ajena a los balances historiográficos que se elaboraron en París.⁸

Llegamos al *tercer problema*, el que se refiere a demostrar que entre los renacimientos medievales y el Renacimiento italiano (que luego se propagó por otros países) de los años 1300-1600 no hubo grandes diferencias. Ese Renacimiento, según Le Goff, debe ser considerado parte de la Edad Media, y para demostrarlo apeló a reconocidos especialistas sobre esta fase de la cultura: Paul Oskar Kristeller, Eugenio Garín, Erwin Panofsky y Jean Delumeau. Cada uno habría demostrado esa continuidad valorizando la etapa precedente, aunque esto es más una deducción a partir de cómo concluye el capítulo dedicado al asunto que un desprendimiento palmario de la argumentación. De esto se deduce que de los mencionados expertos rescató Le Goff más los progresos culturales de los siglos IX a XIII (desde la renovación carolingia a las escuelas urbanas y las universidades) que la posterior novedad italiana.

Estamos así ante la *tercera observación*. Veamos las cuestiones en danza.

Ante todo es evidente que cualquiera de los autores mencionados sabía demasiada historia como para alejarse de los que se dejaron encandilar con el Renacimiento desde una pretendida oscuridad medieval. Analicemos por ejemplo el caso de Kristeller.⁹

Su elaboración es una amalgama brillante sobre los desarrollos culturales eruditos del siglo III en adelante, es decir, desde el neoplatonismo a los estudios de las humanidades (o las disciplinas humanísticas) de los siglos XV y XVI, pasando por el racionalismo escolástico, (sin olvidar los antecedentes fundadores de Platón y Aristóteles), con lo cual nos presenta los hilos conectores esenciales de la cultura occidental y nos brinda la idea de su continuidad junto a la de su discontinuidad. Uno de esos quiebres estuvo justamente en el Renacimiento, y sobre esto su elaboración, con elementos que se repiten (porque adolece de una cierta circularidad reiterativa), no deja dudas. Todo esto se presenta en conjunto: la tradición aristotélica continuaba en Italia en el siglo XVI –Pomponazzi (1462-1525) fue uno de sus eximios representantes– y aun más tarde, pero ahora los eruditos estudiaban al estagirita en su original griego y produjeron nuevas versiones latinas de sus tratados con un mejor conocimiento de los modismos y de las variantes textuales, y al respecto debe tenerse en cuenta que las traducciones de la Escuela de Toledo de los siglos XII y XIII adolecieron

⁷ Johan Huizinga, *Hombres e ideas. Ensayo de historia de la cultura* (Buenos Aires: Fabril Editora, 1960).

⁸ Por ejemplo en J. Le Goff; J. Revel y R. Chartier (eds.), *La nouvelle histoire* (Paris: Découverte, 1978).

⁹ Paul Oskar Kristeller, *Renaissance Thought and its Sources* (Columbia: Columbia University Press, 1979).

de un inferior conocimiento de la cultura de la antigua Grecia. Ese aristotelismo convivió con el platonismo de Marsilio de Ficino, de Pico della Mirandola y de Nicolás Cusano, a lo que debe agregarse la física de Galileo; los nuevos métodos filológicos que Valla aplicó a la “donación de Constantino”; el mejor conocimiento que en el Renacimiento se logró de la historia y de la literatura antigua –especialmente de la griega, que permitió la traducción en su casi totalidad de la poesía, la oratoria, la historiografía, la teología y la filosofía no aristotélica griegas–, todo esto junto a los estudios gramáticos y retóricos.

Kristeller nos hace saber que a pesar de la “retórica vacía” con la que se caracterizó a los discursos de los humanistas estos proporcionan una asombrosa cantidad de informaciones sobre su tiempo. De la misma manera cuando Kristeller menciona la nueva física de Galileo debemos reparar en la dimensión que tuvo esa novedad, porque significó una verdadera mutación del pensamiento en tanto se abandonaba la aristotélica física de las cualidades en que se dividía el mundo sublunar del mundo supralunar. En suma, y es lo que explícitamente nos dice, debemos tomar en cuenta por igual los cambios y la continuidad. No deja dudas en este sentido al decir que el surgimiento de los estudios humanísticos no fue en el Renacimiento un fenómeno limitado a la gramática y a la retórica sino que tuvo consecuencias tremendas para todas las áreas del saber. Con el mismo énfasis subrayó el desarrollo del pensamiento jurídico que reemplazó el mal método dialéctico abstracto de los juristas medievales por una interpretación filosófica e histórica de las fuentes de la ley romana. Podemos seguir agregando así contribuciones de importancia en la geografía o en la medicina para no mencionar la política, que como nadie ignora dio con Maquiavelo su paso decisivo fundador; o la revolución copernicana; la física de Newton; el impulso racionalista de Descartes, etc. En suma, las elaboraciones de Kristeller se adaptan muy mal a una tesis que disminuye drásticamente la trascendencia cultural del Renacimiento.

La lectura que Le Goff realizó de Panofsky plantea un problema similar, porque este autor partió de la tesis de que los hombres del Renacimiento estaban convencidos de que vivían una nueva era radicalmente distinta del pasado medieval, y se preguntó si estaban en lo cierto o no.¹⁰ Su respuesta fue categórica aseverando que efectivamente vivieron una época radicalmente distinta a la precedente, más allá de reconocer que en los siglos previos medievales no se había perdido el contacto con la Antigüedad, contacto que a lo largo del tiempo representó una línea sinuosa de alejamientos y *rapprochements* alternados (le dedicó Panofsky largas páginas a la *renovatio* carolingia y a la sabiduría posterior). Dicho esto, la novedad aportada por los siglos XIV y XV italianos no le dejaron dudas. No excluyó la importancia del llamado protohumanismo, pero aclaró que decir que el humanismo del Renacimiento era igual a los anteriores renacimientos es como decir que las cruzadas no diferían de otras expediciones anteriores a Tierra Santa.

A ese cambio se agregó el de la ruptura en la representación del espacio en la arquitectura, la escultura y en la plástica. Lógicamente, y como correspondía con un historiador del arte, su atención se concentró en este tema, es decir, en el problema de un espacio pictórico como ámbito aparentemente tridimensional que se extiende en una superficie pintada objetivamente bidimensional. Sobre este punto cabe añadir que a los

¹⁰ E. Panofsky, *Renacimiento*, 74 y ss.

argumentos de Panofsky se sumaron los de Pierre Francastel, y en este aspecto sorprende que Le Goff no lo haya mencionado.¹¹ La relevancia de Panofsky y Francastel estriba en que al brindar una gramática para interpretar la historia del arte nos permiten apreciar que la representación perspectivista del Renacimiento determinó durante siglos la concepción espacial de la pintura, concepción que solo sería cuestionada a partir del postimpresionismo (con el valor espacial del color en Van Gogh, con la planitud en el primitivismo de Gauguin, y con los rebatimientos de plano de Cezanne hasta llegar a *Las señoritas de Avignon* de Picasso que abrió un siglo XX que se condensó en una búsqueda de nuevas representaciones del espacio). Cinco centurias de predominio de una visión pictórica monocular, fija y perspectivista que el hombre de Occidente ha interiorizado como la representación realista de la realidad (desconociendo su aspecto convencional), nos hablan de la importancia que tuvo esa representación del espacio de larga duración, esquema caro al estructuralismo francés, sistema doctrinal que por otra parte ha influido fuertemente en Le Goff.

Pero además, y lo que es muy notable en relación con el libro que aquí se comenta, los argumentos de Panofsky se dirigieron específicamente contra los historiadores que impugnaban la realidad del Renacimiento italiano, precisando que esos impugnadores eran mayoritariamente los dedicados a los procesos económicos pero no los que se ocupaban de los aspectos estéticos de la civilización. Contra esa asimilación afirmó de manera contundente que los dos renacimientos medievales (el carolingio y el del siglo XII) fueron limitados y transitorios mientras que el Renacimiento fue total y permanente. El cambio no fue para Panofsky evolutivo sino mutacional.

Consideraciones similares se pueden hacer acerca de los otros dos referentes citados en el ensayo. Solo limitémonos a señalar que en los estudios de Delumeau, por ejemplo, se valora el cambio que se operó en la interiorización religiosa con el protestantismo. Si bien ese proceso de subjetivización de la divinidad se había iniciado antes –desde el año mil en adelante–, en el Renacimiento alcanzó un nuevo estadio consolidado en la medida en que por primera vez una herejía que prescindía de la intermediación sacerdotal católica para llegar al dios que vivía en el alma de las personas se convertía en Iglesia. Lutero fijó entonces conceptualmente a la divinidad otorgándole un marco institucional nuevo y triunfador con la eclesiología protestante.¹² Esto nos conecta directamente con el siguiente problema.

El *cuarto problema* planteado por Le Goff es el relativo a la Edad Media como una época profundamente cristiana marcada por el poder de la Iglesia. En el ensayo se reconoce que la Reforma supuso una ruptura al desencadenarse las guerras de religión, pero habría existido una continuidad de fondo porque la influencia en la fe de los occidentales se

¹¹ Pierre Francastel, *Peinture et société: naissance et destruction d'un espace plastique de la Renaissance au cubisme* (Paris: Audin, 1951). Véase también J. Le Goff; J. Revel y R. Chartier (eds.), *La nouvelle*, 180 y ss. sobre Francastel.

¹² Jean Delumeau, *La Reforma* (Barcelona: Labor, 1977), 35. En su obra *El papado de Roma* (junio de 1520), Lutero afirmaba: “El reino de Dios está dentro de nosotros mismos”; 36, en su obra *De la libertad del cristiano*, de noviembre de 1520, ver el concepto de que Dios es la fortaleza del alma.

mantuvo casi intacta hasta el siglo XVIII. Una vez más se concluye en la idea de permanencia.

Estamos ante afirmaciones rápidas que tienen por detrás un largo recorrido historiográfico y que el medievalismo francés tradujo en la noción de la Iglesia como institución total, aunque no todos los especialistas coinciden con aplicar el concepto de religión al período.¹³ No se formulan estas acotaciones para profundizar en un tema que supera en mucho los límites de un comentario sino para subrayar el alcance historiográfico de un problema que nos abre la *cuarta observación*.

Ante todo aclaremos que las Guerras de Religión de la Época Moderna no supusieron una novedad en su carácter de luchas por el predominio de una forma de fe, porque desde la matanza que Carlomagno concretó sobre los irreductibles sajones –un verdadero genocidio realizado en nombre de la fe cristiana–, a la Reconquista española y a la cruzada contra los cátaros de principios del siglo XIII (ofensiva continuada por la Inquisición desde 1230), en la Edad Media se registraron muchas guerras religiosas (se pueden agregar los numerosos pogromos contra los judíos en distintas partes de Europa).

Pero con prescindencia de estas puntualizaciones, que en este ámbito nos plantean encadenamientos de base y no solo de forma, el concepto de Le Goff y de otros medievalistas franceses de que el cristianismo y la Iglesia dominaron de manera absoluta en el Medioevo es una noción tradicional.

No obstante su carácter general, esa *communis opinio* ha sido rebatida con sobrados fundamentos. Desde la sociología histórica se halló que en la Edad Media la ideología dominante no dominaba el todo social sino que solo era la ideología de la clase dominante,¹⁴ y desde el medievalismo se agregó que aun esa clase dominante no tenía una sola cosmovisión del mundo ni se igualaba detrás de una única forma de vida, por lo cual es necesario agregar al concepto de clase social la connotación estamental.¹⁵ Al respecto es muy conocida la llamada querrela de las investiduras entre el papado y el imperio en época de la Reforma Gregoriana así como el conflicto que enfrentó a Bonifacio VIII con Felipe el Hermoso de Francia. Esta oposición de poderes, más allá de casos famosos como los que se

¹³ La Iglesia como institución total en Jerome Baschet, *La civilización feudal. Europa del año mil a la colonización de América* (México: Fondo de Cultura Económica, 2009); Jean Louis Biget, *Héresie et inquisition dans le Midi de la France* (Paris: Picard, 2007); Alain Guerreau, *L'avenir d'un passé incertain. Quelle histoire du Moyen Age au XXIe siècle?* (Paris: Seuil, 2001); Joseph Morsel, *La aristocracia medieval. El dominio social en Occidente (s. V-XV)* (Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2008); tomó distancia del concepto Patrick Boucheron, *Ce que peut l'histoire*, Leçon inaugurale (Paris: Collège de France, 2016).

¹⁴ H. Abercrombie; S. Hill, y B. S. Turner, *La tesis de la ideología dominante* (Madrid: Siglo XXI, 1987), 77 y ss.

¹⁵ Este problema había sido planteado por historiadores inspirados en Weber. En especial véase Otto Hintze, *Historia de las formas políticas* (Madrid, 1968), *passim*, que organizó buena parte de sus elaboraciones a partir del concepto de diarquía. Sobre el concepto de clase estamental véase Ludolf Kuchenbuch y Bern Michael, “Zur Struktur und Dynamik der ‘feudalen’ Produktionsweise im vorindustriellen Europa”, en L. Kuchenbuch y B. Michael (eds.), *Feudalismus-Materialien zur Théorie und Geschichte* (Frankfurt am Main, Viena, Berlin, 1977), 694-761.

acaban de mencionar, ha tenido muchas y variadas expresiones, y esas contradicciones políticas permitieron el desarrollo de teorías contradictorias: Guillermo de Ockham o Lutero, ambos protegidos de la persecución de la Iglesia por el poder secular, no fueron en este sentido los únicos casos.¹⁶ Por añadidura muchos documentos prueban que es un error pensar que la autoridad de la Iglesia era respetuosamente observada por la población de ciudades y aldeas así como tampoco hubo un fervoroso cristianismo entre el campesinado, aunque no por ello debe caerse en el otro extremo de solo ver una religión folklórica de magos y brujos.¹⁷ Es necesario entonces invertir la imagen de una Edad Media completamente cristiana en contraposición con una Edad Moderna en proceso de descristianización (situación en verdad muy discutible a partir de la Contrarreforma). Sobre esto puede decirse que si nos situamos por ejemplo en el siglo VIII, en cualquier punto geográfico del primer feudalismo europeo, encontraremos que la cristianización era patrimonio de una élite (la que verdaderamente se había convertido al cristianismo como lo hacían antes los antiguos catecúmenos) mientras que el pueblo bajo mantenía una heterogénea mezcla de creencias con un importante peso de rituales de origen pagano, y todo sacerdote padecía de un abanico de competidores (magos, adivinos, tempestarios, hechiceros, etc.).¹⁸ Por el contrario, un milenio más tarde ese pueblo se había cristianizado de manera considerable (aunque persistían muchas supersticiones) y avanzaba la descristianización de la élite. Esto se constata si se deja de mirar a las altas cumbres religiosas y se pasa a observar la historia con un sentido panorámico y desde abajo. Es la

¹⁶ Esos enfrentamientos incluyeron el campo intelectual del Renacimiento; véase al respecto E. Garín, *El Renacimiento*, 191 y ss., acerca del opúsculo de Lorenzo Valla denunciando la falsa donación de Constantino. Valla fue solo uno de esos intelectuales renacentistas que defendieron puntos de vista contrapuestos a los de la Iglesia. Se lo menciona aquí para subrayar que el análisis filológico de Valla fue un paso decisivo para el surgimiento de la historia como disciplina rigurosa, y en este terreno se ve una vez más la importancia del Renacimiento. Subrayemos que Garín ha sido una de las autoridades que Le Goff invoca en respaldo de su teoría.

¹⁷ Así por ejemplo, los campesinos podían permanecer indiferentes ante la excomunión (que era la sanción más severa de la Iglesia). Esa despreocupación por la ley eclesiástica se ve en los vasallos de la catedral de Salamanca que estaban excomulgados y aprovecharon esa penalidad para no abonar las cargas. El conflicto en J. L. Martín; L. M. Villar García, F. M. Rodríguez y M. Sánchez Rodríguez, *Documentos de los archivos catedralicio y diocesano de Salamanca (siglos XII-XIII)* (Salamanca, 1977), nº 419, año 1289. Sobre la heterogeneidad de creencias véase Oronzo Giordano, *Religiosidad popular en la Alta Edad Media* (Madrid: Gredos, 1983), 20, habló de “una superposición de zonas sacrales”; también Arón Gurevich, *Medieval Popular Culture. Problems of Belief and Perception* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), 80, dijo que las creencias heredadas y el cristianismo representaban dos aspectos sincrónicos de la conciencia social popular. A fines del siglo X y comienzos de la centuria siguiente Burchardo de Worms (c. 965-1025) catalogaba las supersticiones y las prácticas mágicas. Sobre esto acúdase a Andrea Vanina Neyra, *El Corrector sive medicus de Burchard de Worms: una visión acerca de las supersticiones e n la Europa medieval* (Tesis Doctoral, Buenos Aires, 2010). La sublimación folklórica ha sido curiosamente la contracara de la concepción que Le Goff y algunos de sus discípulos se formaron sobre la Iglesia dominante. Sirva de ejemplo J. Le Goff, “Culture cléricale et traditions folkloriques dans la civilisation mérovingienne”, en J. Le Goff, *Pour un autre Moyen Age. Temps, travail et culture en Occidente: 18 essais* (Paris: Gallimard, 1977), 223-35. Ver asimismo la crítica de John Van Engen, “The Christian Middle Ages as an Historiographical Problem”, *The American Historical Review*, Vol. 91, 3 (1986): 519-52.

¹⁸ La frecuentación de las colecciones diplomáticas, en especial de las que contienen documentación de instituciones religiosas, permite decir que una de las pocas creencias cristianas arraigadas en la población sin distinciones sectoriales era el miedo al infierno. Se ve esa creencia en las reiteradas donaciones *post obitum* con la aclaración de que se efectuaban *pro anima* o *pro timendum infernum*. Esos bienes que se daban a la Iglesia desheredaban parcialmente a las familias del donante y llevaron a reclamos.

perspectiva de la que careció Le Goff, que se limitó a examinar distintos tipos de discurso erudito con lo cual solo pudo alcanzar a la subjetividad de una parte de la élite. Del resto de la sociedad obtuvo una imagen muy distorsionada porque la contempló a través del cristal de la Iglesia.

En definitiva, cuando se accede a distintos documentos no eruditos o cuando se recuerda la conflictiva historia política, se concluye que las nociones de “Iglesia institución total” y de “dominio absoluto del cristianismo” son más bien proclamas especulativas y no realidades de la Edad Media.¹⁹ Esas nociones expresaban una aspiración de la Iglesia que nunca logró concretar en la vida real.

Habiendo consumido el campo cultural y el religioso buena parte de sus elaboraciones, Le Goff dedicó el último apartado de su argumentación a las condiciones económicas, políticas y sociales. En este acápite las aseveraciones sin el mínimo recaudo de rigurosidad proliferan; en estas condiciones abordaremos nuestras *quintas observaciones* con un vaivén entre tesis y antítesis.

En el alegato a favor de una continuidad sin fisuras entre la Edad Media y el Renacimiento, el descubrimiento de Colón representa un serio escollo para la estabilidad de la tesis. Le Goff lo resolvió diciendo que hasta mediados del siglo XVIII no empezaron a sentirse en Europa las principales repercusiones de tales descubrimientos. El alegato carece de respaldo bibliográfico, y en consecuencia, sobre la llegada del metal precioso americano a Europa y la suba de precios ni Earl Jefferson Hamilton ni Pierre Vilar con sus respectivos fundamentos en la teoría monetarista y en la del valor trabajo (para mencionar a solo a dos conocidísimos autores) son mencionados.²⁰ Naturalmente se desprende de estas omisiones que los debates en torno a la aplicación histórica de la fórmula de Irving Fisher ($MxV=PxQ$) brillan por su ausencia y mucho menos hay alguna consideración sobre el binomio inflación de precios e inflación de beneficios con su hipotética secuela en la formación del capitalismo. Para Le Goff este sistema sencillamente no existía por aquel entonces.

En este momento, y en lo que hace a algunos elementos de la economía (como ser la producción agraria, la alimentación y la extracción de metales) en el ensayo aparece Braudel, o para ser más minuciosos, aparece el Braudel de *Civilización material y capitalismo*. En un contexto de casi nula fundamentación bibliográfica, este último Braudel eleva su voz por encima de todos los autores. Es explicable: su convocatoria auxilia la tesis de la continuidad, porque Braudel postuló que el intercambio desigual entre centros y periferias se extendió inmutable a lo largo de toda la historia.²¹ Esta matriz comercial (que

¹⁹ Así lo admitió Boucheron ante objeciones que hicieron investigadores al cabo de una conferencia que dio en el Instituto de Historia Antigua y Medieval *José Luis Romero* de la Universidad de Buenos Aires el día 28 de junio de 2016.

²⁰ Earl J. Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios, España 1511-1650* (Barcelona: Ariel, 1975); Pierre Vilar, *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español* (Barcelona: Ariel, 1964).

²¹ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Vol. 2. *Los juegos del intercambio* (Madrid: Alianza Editorial, 1984).

habría determinado la desigual distribución de la riqueza en la geografía universal) no la expuso Le Goff, pero se la invoca en el presente comentario para decir que bajo su amparo (que expandió a toda la historia la economía-mundo que Immanuel Wallerstein hizo nacer en el siglo XVI) se fortalece el concepto de una prolongadísima Edad Media.²² Una reputada obra dedicada a los engarces antes que a las transformaciones pasó a ser así un estratégico soporte para Le Goff.

En el rubro de las ausencias una es especialmente embarazosa para la demostración. Se trata de la industria rural a domicilio que, surgida en los siglos XIV y XV (en Inglaterra sus orígenes fueron más precoces), determinó el nacimiento de áreas de protoindustria a partir del siglo XVI. Este es un tema tradicional. Desde Adam Smith, siguiendo por Karl Marx y por Max Weber hasta los muy conocidos estudios de Hans Medick, Peter Kriedte y Jürgen Schlumbohm (que motivaron un número especial de *Annales* en tiempos en que Le Goff participaba de la dirección de la revista), pasando antes por Maurice Dobb o Peter Laslett, la cuestión tiene una importancia capital para la historia económica.²³ Para decirlo con otro énfasis, es un tema de tratamiento casi ineludible para todos los que no se cierran deliberadamente ante un fenómeno que determinó buena parte de la transición al capitalismo en la Época Moderna.

La ignorancia de Le Goff sobre este atributo clave de la economía se complementa con otro desconocimiento no menos sorprendente sobre las revoluciones que, iniciadas con el levantamiento de las comunidades castellanas en 1520-1521, marcaron una situación cualitativamente distinta hasta mediados del siglo XIX, en la medida en que el 1848 europeo se incluyó en las derivaciones de la revolución francesa de 1789.²⁴ Para ser más taxativos, puede afirmarse que con la revolución de las comunidades castellanas, en la que aparecieron elementos novedosos (como el doble poder político, las alianzas de clase, la intervención extranjera a través de Portugal y un inorgánico programa de transformación del sistema vigente), se inauguró el ciclo de revoluciones burguesas.²⁵ Es de destacar que esos comuneros, en especial los “señores del paño” (es decir, los manufactureros) desplegaron un análisis económico que supuso una innovación cualitativa con respecto a las especulaciones de los teólogos escolásticos sobre el justo precio.²⁶

²² Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo en el siglo XVI* (México: Siglo XXI, 1979).

²³ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (London: Methuen, 1904); Karl Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie* (Frankfurt, 1976-1977); Max Weber, *Historia económica general*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1942); P. Kriedte; H. Medick, y J. Schlumbohm, *Industrialización antes de la industrialización* (Barcelona: Crítica, 1985); Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1975); Peter Laslett, *El mundo que hemos perdido explorado de nuevo* (Madrid: Alianza, 1987). Véase también Hermann Kellenbez, “Industries rurales en Occident de la fin du Moyen Age au XVIII siècle”, *Annales ESC*, 5 (1963): 39-55. El número 5 del año 1984 de *Annales* fue dedicado a este tema con la participación de muy destacados especialistas, aunque desde 1980 hubo en la revista muchas reseñas, artículos y referencias sobre la cuestión.

²⁴ Véase Albert Soboul, *Problemas campesinos de la revolución, 1789-1848* (Madrid: Siglo XXI, 1980).

²⁵ Joseph Perez, *La revolución de las comunidades de Castilla (1520-1521)* (Madrid: Siglo XXI, 1977).

²⁶ Esto rebata lo afirmado por Le Goff sobre que en ese período no hubo un nuevo pensamiento económico. Ver los reclamos en las Cortes de Madrid de 1419, en las de Madrigal de 1438, en las de Toledo de 1462, y en las de Burgos de 1515 en *Cortes de León y Castilla*, edición Real Academia de la Historia, Madrid 1861-

Pero lo más asombroso es la manera en que Le Goff “resolvió” discursivamente esa actividad del sujeto social y político burgués contra el sistema feudal considerando el caso inglés con la afirmación de que a pesar de la decapitación de Carlos I y de la abdicación de Jacobo I persistió la monarquía. Esa revolución política habría sido entonces un accidente de superficie; la permanencia de la Edad Media quedaría así asegurada para confirmar la tesis general. No hay en el texto una sola cita de la formidable cantidad de trabajos sobre las debatidas consecuencias que esa conmoción política (integrada por muchos actos sediciosos) tuvo en la estructura económica, ni tampoco sobre sus efectos a largo plazo en la historia inglesa (con el desnivel entre el alto desarrollo económico capitalista y el arcaísmo de la organización política). De Christopher Hill a Robert Brenner y de Perry Anderson a Edward Palmer Thompson, esa riquísima y debatida herencia historiográfica con proyecciones sociológicas y políticas es pasada por alto para indicar que la monarquía siguió su curso y esa epidérmica revuelta (un mero recambio de figuras) en nada alteró la muy larga Edad Media.²⁷

Los autores de lengua inglesa que se mencionan en el párrafo precedente se inscriben en el materialismo histórico y la revolución inglesa está comprendida en la problemática de la periodización que para esta orientación doctrinal es un asunto primordial. Le Goff recordó a esta escuela y su conexas preocupaciones por periodizar mencionando un artículo de 1962 de Ernst Werner sobre el paso del esclavismo al feudalismo.²⁸ Aclaremos que el hoy casi desconocido Werner fue un acreditado medievalista de la antigua República Democrática Alemana (no por nada el artículo que en el libro se menciona fue publicado en *Annales* cuando la revista gozaba de un alto reconocimiento internacional). Pero la referencia no se destinó al elogio sino a una descalificación que supera el contorno de la persona para abarcar a todos los historiadores marxistas. En el argumento conviven cuestiones mal comprendidas y un desconocimiento que conlleva razones ideológicas.

En principio, según Le Goff, para los marxistas la ruptura estaría asociada a la transformación de las fuerzas de producción. El comentario ignora que para estos historiadores (o por lo menos para una buena parte de ellos) la revolución no consiste esencialmente en transformar las fuerzas productivas sino el modo de producción, es decir, cambiar ante todo las relaciones de propiedad, porque son las relaciones de propiedad sobre los medios de producción las que distinguen en sustancia a un modo de producción de otro (el esclavismo se caracterizó en última instancia por la propiedad sobre el esclavo así como

1884. Asimismo acúdase a los memoriales de principios del siglo XVI en la citada obra de J. Perez, *La revolución*. Cabe agregar que el humanista florentino Francesco Guicciardini (1483-1540) realizó el mismo tipo de análisis económico y social sobre el sistema de exportación e importación español, dando una visión de totalidad de la estructura. Véase al respecto Guicciardini, “Relación”, en José García Mercadal (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal* (Madrid: Aguilar, 1952), 613-21.

²⁷ Christopher Hill, *La revolución inglesa, 1640* (Barcelona: Anagrama, 1978); Id., *El siglo de la revolución, 1603-1714* (Madrid: Ayuso, 1972); Robert Brenner, *Mercaderes y revolución. Transformación comercial, conflicto político y mercaderes de ultramar londinenses, 1550-1653* (Madrid: Akal, 2011); P. Anderson, *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica* (Barcelona: Anagrama, 1977); Edward P. Thompson, “Las peculiaridades de lo inglés”, *Historia Social*, 18 (1994): 77-102.

²⁸ Ernst Werner, “De l’esclavage à la féodalité: la périodisation de l’histoire mondiale”, *Annales ESC*, 5 (1962): 930-9.

el capitalismo se caracteriza por la propiedad del capital y el socialismo por la propiedad social). Teniendo en cuenta esto, cabe agregar que el desarrollo de las fuerzas productivas no es en esta tradición un requisito indispensable para la transformación de las relaciones sociales, y tanto Marx como sus herederos coincidieron en que originariamente el capital se apoderó de la producción en las condiciones técnicas y materiales que proporcionaba la Edad Media. La industria rural a domicilio, ya sea como *Kaufsystem* o como *Verlagssystem* (es decir, en la fase que Marx denominó como subsunción formal o en la que denominó como subsunción real del trabajo por el capital) es una prueba de ese fenómeno. Esta especificación desmiente la creencia vulgar (que Le Goff adoptó) de que deba universalizarse el concepto que Marx expuso en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* sobre el desarrollo de las fuerzas productivas como condición indispensable para el cambio de las relaciones sociales de propiedad y de producción.²⁹

Se evoca ese escrito de Marx de 1859 para indicar que no deja de ser una profunda falencia analítica que un historiador le adjudique a otro una interpretación trasponiéndole maquinalmente una fórmula que no le pertenece. Esto se afirma porque el centro del análisis de Werner no fue precisamente la cuestión de las fuerzas productivas (siguiendo la mencionada concepción de Marx) sino los movimientos revolucionarios que en Oriente y en Occidente derribaron el orden antiguo para dar paso al feudalismo, comparación que obedecía a una creencia de los marxistas de esos años sobre una evolución histórica universal (o sea, sobre que todos los países del mundo atravesaban, con diferencias cronológicas, los mismos estadios de desarrollo). Anotemos también que más allá de ese enfoque general equivocado, y más allá de la infaltable cita ortodoxa de Lenin, ese artículo de Werner poseía algunas afirmaciones que hoy suscribirían muchos medievalistas, como por ejemplo, sobre el establecimiento de una capa de campesinos en la Galia en la temprana Edad Media. Pero dejemos de lado ahora la pertinencia del proceso descrito por Werner para retener que Le Goff, ante el propósito de Werner de analizar cómo se instaló el feudalismo, nos dice que no se detendrá en esa cuestión. Este desdén permite vislumbrar que un eje de la tesis consiste en decir que periodizar no es revelar cambios de sistemas socioeconómicos y sociopolíticos.

Antes de volver a este sustancial problema no puede dejarse de lado que el libro, en sus simplificaciones, tiene, junto a la fragilidad conceptual y a las deficiencias de información, una intención por desacreditar teórica y políticamente. Veamos el asunto.

La historiografía oficial de la RDA que Le Goff elevó mediante uno de sus representantes a paradigma de la historiografía marxista para descalificar sin matices a todos los historiadores marxistas, fue una historiografía particularmente afectada por la Guerra Fría. Los controles burocráticos que vigilaban la ortodoxia causaron en ella muchos perjuicios, y entre ellos no fue menor el aislamiento. No es casual que los medievalistas de la RDA no demostraran, por ejemplo, conocer al grupo de historiadores marxistas ingleses

²⁹ En ese prólogo Marx se refiere a que ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas sus fuerzas productivas. K. Marx, *Zur Kritik der Politischen Ökonomie*, en K. Marx y F. Engels, *Werke* (Berlín-RDA, 1961), 3-160, Vorwort: "Eine Gesellschaftsformation geht nie unter, bevor alle Produktivkräfte entwickelt sind".

ni a sus colegas de *Annales*, aunque sin desestimar estas carencias debería hacerse justicia sobre sus avances, como por ejemplo el considerar la dimensión social de las herejías.³⁰

Dicho esto, es casi innecesario insistir en que reducir a un único historiador una tradición tan variada como es la de los historiadores marxistas remite a un análisis groseramente genérico. Sobre esto pueden tomarse como referencia comparativa los distintos tipos de relación que han mantenido los historiadores marxistas con la escuela de los *Annales*, análisis que nos conduce a una de las claves de las elaboraciones de Le Goff.

Sobre esto puede decirse que si en la RDA los *Annales* eran ignorados. En la Polonia socialista hubo una aceptable recepción de la escuela francesa.³¹ Pero esto no agota los casos. En Inglaterra por ejemplo, las relaciones del grupo de historiadores hoy famosos del Partido Comunista con los métodos de los *annalistas* tuvieron su complejidad. Por un lado en los años 1940 y 1950 los historiadores marxistas ingleses expresaban abiertamente su afinidad con la revista de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel, pero por otro lado en su quehacer historiográfico no siguieron los lineamientos braudelianos de la geohistoria, ni de las estructuras sin sujeto de la *longue durée*, ni se ocuparon de los ritmos de las coyunturas (medidos por los precios) y no renunciaron a la historia política.³² Esos historiadores británicos con una franca oposición al positivismo *of the master narratives* de su país (un medievalista provisto de teoría como Michael Postan era una excepción en los estudios de historia de Cambridge en los años 1940) afirmaron su autonomía en el materialismo histórico con parámetros alejados de la escuela francesa. En Francia la situación fue inversa y el complejo nexo de la escuela de los *Annales* con los marxistas y el marxismo (construido con ingredientes tan científicos como políticos que llevaron a acuerdos y desacuerdos) interesa de manera particular porque nos ayuda a comprender el procedimiento de Le Goff en este tema. Consideremos el asunto.

La historia que desde 1929 se presentaba en las páginas de *Annales* fascinó a muchos jóvenes que emprendían su camino profesional en la historia desde el marxismo, fascinación que no evitó las diatribas de *La Nouvelle Critique*, la *revue du marxisme militant* del Partido Comunista cuyos *militants-soldats* denunciaban a esa escuela como *un repère d'historiens bourgeois*.³³ Ante esos novatos y en esas circunstancias la jerarquía se

³⁰ Ver sobre esta escuela, Michael Borgolte, *Sozialgeschichte des Mittelalters. Eine Forschungsbilanz nach der deutschen Einheit* (Munich, 1996).

³¹ Muestran esa influencia Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica* (Barcelona: Península, 1973), 26 y ss.; Bronislaw Geremek, *Les marginaux parisiens aux XIV^e et XV^e siècles* (Paris: Flammarion, 1976).

³² Estas diferencias son una evidencia en cualquier aproximación a las obras de Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm, Christopher Hill o Rodney Hilton. Por otro lado acúdase E. Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida del siglo XX* (Buenos Aires, Barcelona: Crítica, 2003), 264: en su época de estudiante consideraba que los máximos exponentes de la rebelión contra la historia tradicional, aparte de los marxistas, eran Marc Bloch y Lucien Febvre con su revista *Annales*.

³³ Frédérique Matonti, "Les 'bricoleurs'. Les cadres politiques de la raison historique: l'exemple de La Nouvelle critique", *Politix* Vol. 9, 36 (1996): 95-114, en los años cincuenta la revista defendió una ortodoxia muy propia de la Guerra Fría; Fernand Braudel era acusado de estar "au service des *Annales* et les *Annales* au service de la bourgeoisie" y su libro *La Méditerranée* fue violentamente atacado así como se atacó a Lucien Febvre o a Charles Morazé; algunas de esas diatribas fueron hechas por Annie Kriegel que después de los

grabó para permanecer inalterable a lo largo del tiempo: ayudados por un reclutamiento amplio (que permitió incorporar a las instituciones oficiales a marxistas como Jean Chesneaux o Pierre Vilar evitando que se convirtieran en francotiradores antisistema, estrategia en la que Braudel jugó un rol principal) las cabezas de *Annales* (los llamados mandarines) iban a imponer las normas, a autorizar o desautorizar, a señalar el rumbo y la modalidad de trabajo, y esta tradición debió influir en Le Goff que, convertido al final de su vida en juez historiográfico, dictó veredictos sin molestarse mucho en su justificación.

La cuestión se delimitó así desde un principio por lo menos para los que se consagraron al estudio de las épocas Medieval y Moderna.³⁴ Esa supremacía marcaba la aspiración al predominio ecuménico de una escuela que se alimentó por sí misma para terminar ofreciendo un contenido notoriamente endógeno y auto sostenido sin mayormente mirar otras proposiciones fuera de lo que ella misma sustentó (un aspecto que se evidencia en el ensayo de Le Goff), por lo que la corriente puede ser definida como un “grupo cultural” cuyos miembros se unieron y siguen unidos por una forma de investigar y de escribir la historia, a lo que se debe agregar el constante reconocimiento a los padres fundadores, la inscripción en un parentesco artificial construido por asimétricas alianzas intelectuales (que recuerdan a las

años 1956-1957 se convirtió en una incisiva crítica del partido. Sobre esta revista y las intervenciones militantes de su director (Jean Kanapa) en ese período puede verse un testigo directo del campo de la historia en M. Rodinson, “Autocrítica”, en Id., *¿Pueblo judío o problema judío?* (Buenos Aires, 2015), 74 y ss.

³⁴ Esta supremacía es una evidencia ante la arquitectura y los temas de muchas obras de marxistas consagrados. Un ejemplo puede encontrarse en Pierre Vilar, cuya obra más importante – P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne Moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales* (Paris, SEVPEN, 1962)– estuvo dedicada a temas braudelianos (geohistoria, estructuras, coyunturas) a pesar de la inquina que Braudel le profesaba según el recuerdo de Tulio Halperin Donghi, *Son memorias* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008). El mismo Halperin dio testimonio sobre Ruggiero Romano. Llegado a París desde Nápoles en 1947, era un “comunista fervoroso”, según expresó *ibid.*, 242, y fue hechizado por la obra de Braudel y este pasó a considerar a Romano su *quasi-fils*. Cabe agregar que Halperin también habló de la campaña del partido contra Braudel y los otros miembros de la escuela, lo que es elocuente de la importancia que tuvieron esos ataques. Guy Bois, historiador marxista y miembro del partido, lejos de enfrentar a sus colegas de *Annales*, anunció que la unión entre marxismo y *nouvelle histoire* era el gran acontecimiento historiográfico de fines del siglo XX. Véase, G. Bois, “Marxisme et histoire nouvelle”, en J. Le Goff; J. Revel y R. Chartier (eds.), *La nouvelle*, 375-93. Otro aspecto de esa supremacía se ve en Matonti, “Les ‘bricoleurs’”, 104: los historiadores comunistas de la *Nouvelle Critique* terminaron por acercarse mediante entrevistas en los años 1970 a historiadores de la escuela de los *Annales*, aun cuando se mantuvo una crítica al estructuralismo y a las interpretaciones revisionistas de la revolución francesa como las de Furet. El concepto de que la escuela de los *Annales* proporcionó una gran dirección metodológica a historiadores marxistas (mientras que el materialismo histórico formalizado en escolásticas recetas sin vida no tenía ningún influjo), estuvo presente en exámenes teóricos realizados desde el materialismo histórico. Véase por ejemplo Jairus Banaji, “Modes of Production in a Materialist Conception of History”, *Capital & Class*, Vol. 1, 3 (1977): 4. “The few consciously Marxist historians who grew up in this period were largely formed, to one degree or another, in connection with *Annales*: notably, Labrousse, Lefebvre, Vilar, Pach, Kula. This strictly professional history, not known for purely scholastic disquisitions on ‘modes of production’ and ‘social formations’ came far closer to the conceptions of Marx than the whole tradition of abstract historical formalism which passed for ‘Marxism’ and which, in the period of its confident domination, decisively shaped all later discussions of the ‘mode of production’”. Sobre esto puede decirse sin embargo que parece realmente imposible detectar cuál fue la influencia de esa tendencia francesa sobre un libro como el de E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 Vols. (Barcelona: Crítica, 1989), más allá de que debe coincidir con Banaji en que autores como los nombrados estuvieron más cerca de Marx que las abstracciones marxistas sobre el materialismo histórico.

relaciones feudales de vasallaje) y el poseer lugares de pertenencia.³⁵ En esa identidad grupal cuenta sentirse superior al resto de los historiadores, lo que proporciona la atractiva sensación de pertenecer al lugar que pocos alcanzan, espejismo que indefectiblemente termina provocando la animosidad en muchos excluidos (hubo los que siempre miraron a los *Annales* desde afuera con hostilidad como el catalán Josep Fontana y los que pasaron de tener un papel más o menos importante en ese centro paradisiaco a ser relegados por la misma escuela acusados de haber dejado de ser sus buenos seminaristas, como Ruggiero Romano; cualquiera fuera su origen esos excluidos mostraron a su turno el resentimiento que habían acumulado).³⁶

Estas consideraciones en parte teóricas y en parte institucionales (en el sentido de que ponen blanco sobre negro luchas por predominios) ayudan a ver que las simplificaciones de Le Goff no solo obedecieron a una falta de lecturas (lo que es ostensible y que traduce una aparatosa impunidad científica) sino también (y esto debería ponerse posiblemente en un primer lugar) a razones políticas. Esto nos lleva a decir que Le Goff y otros miembros de la escuela han sido señaladamente hostiles hacia aquellos marxistas que (como Werner) no adoptaron las perspectivas que surgían de la revista ni remedaron su forma de exposición o su retórica, es decir, que no practicaron (aun desde el marxismo) una historia subordinada a lo que los directores de *Annales* consideraban una buena historia (concepto que lógicamente tuvo sus variaciones con los cambios en la dirección de la revista y en las modas intelectuales).

Por otro lado el recorrido que hicimos por avatares políticos nos permite ver que el combate por la periodización con la bandera del no cambio, de la serena estabilidad, de la negación de acometidas revolucionarias (como la que se libró en Inglaterra en la década de 1640), es un combate político en el campo de la historia (que contra lo que cree el académico puro es un impuro terreno de conflictos), y esa batalla presupone eliminar expeditivamente adversarios o eludir contiendas del intelecto desechando a los que ofrecen una incómoda complejidad (que es otra forma de aniquilar). Esto se afirma porque si a Le Goff le interesaba discutir la problemática de la periodización marxista sobre el pasaje de la Antigüedad a la Edad Media pudo haber elegido una obra muy actual y rigurosa como la de Chris Wickham, aunque esa lectura le hubiera acarreado por lo menos tres dificultades: 1) tener que sumergirse en el estudio de unas mil páginas de serios estudios comparativos; 2) esa lectura no le hubiera resuelto de todas maneras “el modelo” del análisis marxista sobre el tránsito al feudalismo y la periodización, porque sobre esto basta recordar que en esta corriente de pensamiento esa transición se situó para algunos entre los siglos III y V mientras que para otros se situó en las proximidades del año mil con lo que implica en disimilitud de contenidos esa distancia cronológica; 3) el tema que exige muchas lecturas no es captable en un esquema (lo esquemático es enemigo de la complejidad), o por lo menos la construcción de ese croquis aun con líneas gruesas debiera ser el resultado de un

³⁵ El concepto de grupo cultural y algunos de sus rasgos se extraen de Raymond Williams, *Cultura y materialismo* (Buenos Aires: La Marca, 2012), 186 y ss. Muchos miembros de la escuela sublimados mientras vivían fueron criticados después de su muerte (como por ejemplo Braudel o Duby, a pesar de que este último tuvo una pertenencia relativamente periférica respecto al núcleo de la revista). Por el contrario, Marc Bloch y Lucien Febvre se han mantenido siempre en el altar historiográfico francés.

³⁶ Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona: Crítica, 1982); Ruggiero Romano, *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997).

laborioso proceso de análisis y elaboración sintética.³⁷ Dicho esto, el reduccionismo múltiple de Le Goff (porque todo lo redujo sin contemplaciones a sus formulaciones más elementales) nos introduce en otro aspecto central del ensayo.

Llegamos así a *la sexta observación* en nuestro ordenamiento expositivo. Vimos cómo la revolución inglesa ha sido para le Goff un mero acontecimiento sin secuelas, y también vimos su renuencia a hablar de sistemas. En su exposición la revolución inglesa se presenta junto a los grandes descubrimientos geográficos, al arado, a la banca, a las pesquerías de arenque, al uso de los metales, a la moda y a los modales, a las fiestas y a la imprenta, factores que enunció en un parejo nivel de importancia. Desde el punto de vista del método no puede decirse más que una tarea tradicional del historiador es la de jerarquizar en el mar de hechos. Es lo que un profesor de escuela media le enseña a sus alumnos.

Por consiguiente este proceder sorprende salvo si se concede que Le Goff se dirigió en buena parte de su vida académica hacia las fronteras de la historia, o hacia el extremo en que la historia se transforma en antropología histórica (o en etnohistoria). Tomó ese itinerario a partir del año 1964, cuando publicó su admirable libro *La civilización del occidente medieval* (precedido por un artículo famoso sobre el tiempo del mercader y el tiempo de la Iglesia).³⁸ Desde esa gran obra (fundadora en más de un sentido) se interesó por la antropología, por las mentalidades de larguísima duración y las formas de comportamiento. Su ulterior vuelco a una historia aparentemente política más tradicional con la vida del rey Luis IX (1214-1270) fue una incursión marcada por ese recorrido.³⁹ Esto significa que “la política” cedió el paso a “lo político”, un concepto que abarca gestos y lenguajes gestuales, símbolos y campos simbólicos.

Con esos objetos de estudio Le Goff imaginó una dilatadísima Edad Media elevando a totalidad lo que fue una persistencia particular (de una actitud o de un hábito) o un conjunto de persistencias en los siglos XVIII o XIX. Esos arcaísmos que estaban internalizados en formas de sentir, pensar y comportarse en la cotidianidad se nos manifiestan en efecto en registros literarios posteriores al Medioevo. Son testimonios que al medievalista le conviene explorar para ver pervivencias y descubrir matices que la información muchas veces demasiado escueta de sus archivos oculta, y pueden ser de gran utilidad para el estudio de la historia económica y social, en especial de las clases populares, perspectiva que Le Goff no ha aprovechado.⁴⁰ No obstante ese medievalista

³⁷ Christ Wickham, *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800* (Oxford: Oxford University Press, 2005). Dos modelos contrapuestos expuestos por medievalistas marxistas (que a su vez difieren del citado análisis de Wickham) en Abilio Barbero, y Marcelo Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica* (Barcelona: Crítica, 1978) y G. Bois, *La mutation de l'an mil: Lournand, village mâconnais de l'Antiquité au féodalisme* (Paris: Fayard, 1989).

³⁸ J. Le Goff, “Temps de l'Église et temps du marchand”, *Annales ESC*, Vol. 15, 3 (1960) : 417-33.

³⁹ J. Le Goff, *Saint Louis* (Paris: Gallimard, 1996). Entre esos estudios previos en los que hizo hincapié en un lenguaje no verbal se destaca Id., “Le rituel symbolique de la vassalité”, en J. Le Goff, *Pour un autre*, 349-420.

⁴⁰ Por ejemplo la dualidad de un agente económico que oscilaba entre el objetivo del valor de uso y el objetivo del valor de cambio, una conducta que se vislumbra desde el siglo XII, está registrada en Honoré Balzac, *Eugénie Grandet*, versión electrónica de la edición de París, 1855. El padre de Eugénie era un

debería saber que en esos retazos medievales de los siglos XVIII o XIX no estaba de la Edad Media más que una porción de la conducta social. En verdad sería de interés estudiar la inserción de esas herencias medievales en dinámicas socioeconómicas marcadas por lógicas no medievales, y descubrir entonces su funcionalidad o su imbricación contradictoria con la totalidad.

En nuestro recorrido accedimos a los débiles cimientos de la larguísima duración medieval propuesta por La Goff. La travesía por unas páginas de escritura apresurada no es reconfortante: afirmaciones sin sustento, lecturas sesgadas por un objetivo predeterminado e inmodificable, imposiciones de autoridad y condicionamientos políticos marcan una elaboración poco consistente. Ante estos atributos se concluye que este libro hubiera sido rechazado por cualquier editorial si lo hubiera escrito un historiador corriente, una persona de carne y hueso, como somos la mayoría de los casi anónimos miembros de la corporación. Pero este libro lo compuso Le Goff desde su autoridad como medievalista consagrado y amparado por una tradición, la de los *Annales*, que le permite a sus miembros preclaros (a los que ya en vida se convirtieron en próceres fijados en el bronce) algunas licencias que no se les concede a los simples mortales.⁴¹

Profile

Carlos Astarita es doctor por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es profesor de historia medieval en la Universidad Nacional de La Plata e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Ha sido Director del Instituto de Historia Antigua y Medieval José Luis Romero, de la

tonelero con bienes agrarios, que había sido alcalde, y que aplicaba el cálculo capitalista en las más diversas facetas de su vida, incluyendo sus amistades y su familia. La ambición por el dinero y una avaricia a primera vista patológica (pero que Balzac indicó que era habitual en otros ricos de pueblo), desplazaba incluso a su preocupación por el estatus. Podía talar árboles cuando faltaba madera blanca en Nantes para venderlos a treinta francos (“Couper vos arbres au moment où l’on manquait de bois blanc à Nantes, et les vendre trente francs”) y atender con idéntico empeño el consumo diario de la familia. Una imagen de cómo se combinaban estas actividades, así como también las relaciones económicas tradicionales con la racionalidad empresarial, lo proporciona una escena en la que su empleada doméstica había recibido las rentas de los campesinos (“fermiers”). En esas circunstancias debía aguardar las directivas del señor Grandet, que decidía lo que consumiría la familia y lo que se vendería. Este “hombre bueno” de principios del siglo XIX, como otros de las élites pueblerinas, se reservaba lo peor y vendía los mejores productos. (“L’habitude du bonhomme était, comme celle d’un grand nombre de gentilshommes campagnards, de boire son mauvais vin et de manger ses fruits gâtés”). Otro ejemplo de esta pervivencia de hábitos se refiere a la mala vida que sufrían muchos dependientes de casas particulares. Esto se observa en una novela que Charles Dickens escribió en 1845, *The Cricket on the Hearth*, versión electrónica de la edición de Oxford, 1954. Tilly Slowboy, la niñera del matrimonio compuesto por John Peerybingle y su esposa Dot, se asombra de su buena suerte por ser bien tratada y vivir de manera cómoda. Tilly había sido criada por la caridad pública, y ese tipo de niños experimentaba un trato desconsiderado. En la felicidad de ese hogar tan especial en el que prevalecía el amor y la bondad natural de la pareja estaba la causa “of Tilly Slowboy’s constant astonishment of finding herself so kindly treated, and installed in such a comfortable home”, según se declara en el capítulo primero. Está aquí la crítica social de Dickens sobre la situación deplorable de muchas otras empleadas del servicio doméstico.

⁴¹ Uno de los evaluadores del presente artículo sugiere añadir las razones comerciales para explicar esta difusión. Efectivamente es un factor a tener en cuenta, porque Le Goff y otros miembros de la escuela han sido siempre un éxito de ventas.

Universidad de Buenos Aires entre 1992 y 2009. Especializado en historia social y económica medieval, su investigación actual trata sobre los movimientos comunales de la Edad Media.

Carlos Astarita has a PhD from the University of Buenos Aires (Faculty of Arts) (Republic of Argentina). He is professor of Medieval History in the University of La Plata and a researcher of National Council of Scientific and Technical Research (CONICET). He has run the Institute of Ancient and Medieval History José Luis Romero, in the University of Buenos Aires between 1992 and 2009. Expert in social and economic medieval history, he is currently researching on communal movements during the Middle Ages.

Fecha de recepción: 20 de septiembre de 2016.

Fecha de aceptación: 22 de noviembre de 2016.

Publicación: 31 de diciembre de 2016.

Para citar este artículo: Carlos Astarita, “La periodización en la historia y una larga Edad Media. Comentario crítico”, *Historiografías*, 12 (julio-diciembre, 2016): pp. 113-131.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/12/astarita.pdf>